1262

ENRIQUE CASAL

LA BODA

DRAMA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ARCHIVO
DE
Fernando Porredon

Copyright, by Enrique Casal, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/labodadramaenuna00casa

LA BODA

DRAMA

en un acto y en prosa

DE

ENRIQUE CASAL

Estrenado en el TEATRO PRÍNCIPE ALFONSO la noche del 14 de Febrero de 1909

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1909

A la señora Doña Matilde Corregimeno, viuda de Casal.

Su hijo,

Enrique.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ROSALÍA	Srta.	Sampedro.
LUCÍA	Sra.	Camps.
CARLOTA		Calvo.
PABLO	Sr.	Guirau.
EL PADRE BELTRÁN		Fernández Lombía.
DON EMILIO		Barbero.
ARTURO		Gutiérrez.
CARDONA		Tejero.
CONTRERAS		Cuesta.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ARCHIVO
DE
Fernando Porredon

ACTO UNICO

La escena representa un gabinete bien amueblado. Al fondo, balcón con los visillos corridos. En el ángulo derecho chimenea encendida, sobre la que habrá un espejo grande dorado, juego de reloj que marcará las seis y candelabros y una lámpara portátil de luz eléctrica, cuya luz, velada por una tulipa verde, iluminará débilmente la habitación. Junto á la chimenea un sillón cómodo con un almohadón—y no de cama—sobre el respaldo. En lateral derecha, una sola puerta que da á la habitación de Pablo y Rosalía. En lateral izquierda, dos. La del primer término que comunica con el despacho; la del segundo, que conduce al pasillo y al recibimiento. Todas las puertas y el balcón con juegos de cortinas. Es un amanecer de invierno; algo así, como la agonía de la noche y el nacer del día. El ambiente es triste, tristes están los personajes, y únicamente Arturo es el que desentona. Al levantarse el telón aparecen hacia la izquierda, sentados y conversando, don Emilio y Arturo.

EMIL. Permítame usted que no estemos conformes.

ART. Bien, bien, usted es muy dueño; pero créame doctor, á última hora se hacen las cosas no por convencimiento, sino por miedo.

EMIL. No se puede afirmar tan en redondo; le contaría á usted yo...

ART. Y no pasaría de ser un cuento, muy respetable por estar puesto en boca de usted, pero cuento al fin. Mire usted; en la vida hay que volver la vista á atrás, no hay más remedio. Si sucede en los paseos; va usted andando y de vez en cuando hace una paradita y

608882

atrás los ojos para mirar lo andado ó admirar el paisaje. Lo mismo es en la vida; de vez en vez conviene recordar lo pasado, y quien ha vivido siempre de una manera, difícilmente ha de cambiar.

EMIL. Difícilmente... bueno, pero eso no quiere decir imposible. El trance de la muerte es más duro y negro de lo que parece.

ART. ¿Se ha muerto usted alguna vez?

EMIL. Afortunadamente, no; quiero decir, que ustedes, bien que piensen así; acostumbrados tan sólo á la alegría de la vida no ven de cerca las tristezas que nuestra profesión nos presenta.

ART. No niego que tenga usted razón. Usted, más versado que yo en eso de «últimos momentos» así se explica y yo le atiendo. Pero, vamos á ver, sin eufemismos y tonterías...

EMIL. (Como aludiendo á lateral derecha.) Baje usted la voz que pueden oirnos y, ciertamente, sería desagradable.

ART. ¿Usted no cree en que este asunto hay gato encerrado? (Don Emilio hace un gesto como diciendo: —¡Hombre!... ¡qué se yo!... No lo creo.) Sí, hombre, sí, no sea usted tan niño, y por consiguiente tan confiado. ¿Usted cree que mi tío Pablo, un hombre de carácter rígido y de voluntad firme toda su vida, va á última hora á volver lo negro blanco? No y no. La cosa está clara. Rosalía y las chicas y las chicas y Rosalía, le han vuelto la cabeza tarumba... Si no, ¿de dónde era posible...? Han visto que el tío está enfermo, que no tiene cura, que está grave, y se han dicho: esta es la nuestra; que arregle sus cosas, que las arregle pronto, y los cuatro cuartos que tiene, vengan á nosotras.

EMIL. Sin embargo, doña Rosalía...

ART. ¿Qué?

EMIL. Parece una buena señora.

ART. ¡Ah! Muy buena, muy buena. ¡Cómo se conoce que usted es el médico y las visitas que hace son de tal! Para una temporadita se la daría yo á usted. Le miraría á usted con ma-

los ojos, no le daría á usted un céntimo; si faltase usted alguna noche á su casa, cosa corriente entre muchachos jóvenes y alegres, le reprendería á usted con cara de vinagre, aunque aparentando bondad; en fin, es una mujer insoportable.

EMIL. Vamos, me parece que ha exagerado usted un poquito. Y diga usted, ¿ella no tenía nada?

ART. Miseria, hambre, ¡qué más iba á tener! Le trastornó la cabeza á él y nada más.

EMIL. Yo lo ignoraba todo; claro es que siempre se susurra algo y... en fin, pero yo lo ignoraraba. Esta madrugada, es decir, no hace mucho, momentos antes de empezar nuestra conversación, cuando en este mismo sitio descansaban doña Rosalía y sus hijas, don Pablo, fatigado, muy fatigado, permanecía en el lecho recostando su espalda sobre dos almohadones. Se ahogaba. Yo estaba junto á él. Y en un ataque de fatiga y de verdadedero peligro,—creí que se me iba—ansioso clavó en mí su mirada. Por fortuna pasó. Y cuando algo repuesto pudo hablar, dándome una prueba de su confianza—que yo estimo—me contó en silencio su vida y sus detalles.

ART. ¿Y qué le han parecido á usted?

EMIL. ¡Hombre! ¡Quién no ha tenido sus deslices! Otros hay peores, que ni á última hora los remedian.

ART. Le veo á usted muy convencido.

EMIL. Tal como he sido siempre. Y ¡qué quiere usted! su idea me ha parecido de verdadera humanidad.

ART. Yo no lo entiendo así; para mí sería más humana si el heredero fuese yo.

EMIL. Vamos, amigo Arturo, deje vivir á los demás ya que usted puede hacerlo sin su auxilio: usted tendrá lo suyo.

ART. Lo tuve, sí, señor, lo tuve, pero en el presente no hay ni restos. Por eso me defiendo.

EMIL. ¿Azahares de la suerte?

ART. Si al buen humor y á las juergas, aunque

modestas y decentes, y al mujerío y al... ¡qué sé yo las cosas! les llamamos así, entonces tiene usted razón, azahares. Y diga usted, hablando de otra cosa, ¿está realmente el pobre tío para dar un disgusto?

EMIL. Lo está. Acaso como un esperanzado no lo creyese así, como médico no puedo dejar de declararlo.

ART. Y á última hora, cuando está á paso y medio de la otra vida, le ha entrado, y con fuerza, la regeneración. ¡Qué cursilería! Echar ahora por tierra su vida toda, querer arrepentirse al final de ella, perjudicando á su sobrino con su arrepentimieno; vamos, hombre, si á nadie se le ocurre. (Se levanta y tras él don Emilio.)

EMIL. A él, ya lo ve usted.

ART. Bien, bien, pero que se anden con cuidado porque me opondré con las armas que pueda.

(Por lateral derecha sale Carlota.)

EMIL. (A Carlota.) ¿Y el enfermo?

CAR. Lo mismo que cuando usted lo dejó; acaso peor, más débil, más abatido.

EMIL. No es extraño, el padecimiento avanza de prisa, demasiado deprisa, el ataque ha hecho una buena presa.

CAR. ¡El pobre!... Si usted viera cuánto se apena, cuánto sufre; dice que se muere, que se muere sin remedio, que lo sabe, y que por eso precisamente...

ART. (Aparte, y un tanto mal humorado.) A última hora quiere remediar faltas.

CAR. ¿Y usted qué opina, don Emilio? ¿Cree usted que se trata de un caso en el que la ciencia ha puesto, aunque inútilmente, todos sus medios?

EMIL. Es expuesto responder afirmativa ó negativamente. Siempre, aun á la misma ciencia, y en los casos más desesperados le queda una esperanza.

CAR. Yo lo encuentro muy mal.

EMIL. Cierto que la situación es verdaderamente grave.

CAR. A cada momento había que convencerle para que continuase en la cama, quería echarse al suelo, abandonar el lecho, olvidar la alcoba. ¡Pobre padre!

EMIL. Y el Padre Beltrán, ¿cómo no habrá venido todavía?

CAR. Ahora voy yo con el muchacho á avisarle de nuevo y á suplicar á dos amigos que se tomen la molestia de venir; quiere que sean testigos.

EMIL. ¿Pero usted?... Que vaya Arturo.

CAR. (Arturo no oirá nada de esto.) No, por Dios, sería capaz de cualquier cosa; ya sabe usted que no somos santos de su devoción.

EMIL. Me parece que en cuestión de santos ni ustedes ni nadie. Yo no me ofrezco por no abandonarle. (Por don Pablo.)

CAR. Muchas gracias, si es cuestión de un momento.

EMIL. Pues no demoremos sus deseos. Voy á entrar á verle.

CAR. Hasta ahora, don Emilio. (Mutis por segunda izquierda.)

ART. (Que durante la conversación entre don Emilio y Carlota habrá procurado estar distraído, bien con algún periódico, ya mirando por el balcón, dice á don Emilio cuando se va Carlota, y puesto que don Emilio se dirige á la habitación de Pablo, lateral derecha.) Bueno, yo paso aquí, al despacho, (Primera lateral izquierda.) y en él le espero para continuar nuestra charla interrumpida. (Mutis primera izquierda.)

EMIL. Conformes. (Se dirige á la lateral derecha, y viendo que por ella sale Pablo, muy despacito, del brazo de Rosalía, exclama:) Pero, ¡qué veo! el enfermo viene á ver al médico, en lugar de ser yo quien fuera á visitarle.

PABLO (Descolorido, con el semblante descompuesto, como el de un hombre gravemente enfermo. Habla con gran fatiga.) El enfermo, el enfermo. ¡Pobre de mí! Busco al médico, y ¡para qué! Busco á mi familia, á mis hijos, á mis amigos; busco á todo el mundo. Quisiera que todos me escuchasen, que todos me oyesen. (Rosalía y

don Emilio lo sientan en el sillón que, desviándolo de su sitio, lo bajarán un poco hacia el proscenio.) ¡Ay! ¡Qué duro está todo, qué mal me encuentro!

EMIL. (Animándole.) No hay que desesperar; todavía tiene usted fuerzas; aun queda mucho por delante.

ROS (Con mucho cariño siempre.) ¿Quieres algo?

PABLO Quiero... quiero... no lo sé. Aire, aire, me ahogo.

EMIL. Verá usted, abriremos un poco el cierre del despacho, á ver si se le pasa; nada de medicinas; mientras se pueda que la naturaleza obre por sí sola. Y por si mi presencia, no la del amigo, que ya sabe usted que lo soy suyo, sino la del médico, le agobia algo, en el despacho estoy. Y ahora, así, en el sillón, y sin el médico á su lado, figúrese estar convaleciente y olvídeme por un instante. (Mutis primera izquierda.)

ROS. (Después de una pausa.) Anímate, anímate, Pablo de mi vida, que yo te vea otra vez, si no con aquella sonrisa que me alegraba, tampoco con esta tristeza que me hace llorar. ¿Por qué? ¿por qué, Pablo de mi alma, no veo yo en esa cara aquella expresión de contento que tantas veces ví? ¿Por qué no oigo de esos labios aquellas palabras de cariño que tantas veces escuché, mientras tú me acariciabas con ilusión y tus labios se unían con los míos y mi cara con la tuya y tus brazos me estrechaban fuertemente? ¿Por qué, por qué, vida de mi alma, alegría de mi corazón, no me dices ya nada y te abates y sufres desesperado y loco? No, no, Pablo mío, dime algo que me recuerde aquellos días de placeres y de ilusiones.

PABLO (Que habrá escuchado las palabras de Rosalía con resignación, como aquél que hubiera deseado complacerla en el acto y estuviera convencido de que no podía, le dice con fatigosas palabras y velada voz.) ¡Que me anime! ¡Que aparezca otra vez aquella sonrisa de los tiempos alegres! ¡No ves que me muero, Rosalía de mi alma! ¡Cómo ha de aparecer! Sí, Rosalía, sí; aquellos días

alegres no pueden volver, ni aquellas palabras las puedo pronunciar, porque me falta la vida, pero no el entusiasmo ni el cariño. (Con creciente apasionamiento) Tú, tú sola me has entusiasmado, á tí sola he querido, tú has sido la mujer de mis pensamientos, la mujer de mis ilusiones, y para tí han sido de mis días felices, la dicha, y de mis días amargos, la tristeza. Tú me has visto contento, me has visto sonreir, y has sentido de cerca mi amor inmenso y mi cariño ciego, y ahora, ahora que yo más que nunca te quería, siento que me voy á... ¡quién lo sabe!

ROS. Pablo, Pablo...

PABLO (Cogiéndole amorosamente las manos á Rosalía.) Sí, Rosalía, te quiero más que nunca, más que nunca ¿lo oyes? Yo he vivido para tí y para tí quiero también morir, para tí, que te tengo aquí delante y eres como una página gloriosa de la historia de mi vida, pues, ahora te lo confieso, el conseguir... tu amor, fué la más grande de mis victorias. Yo fuí uno de esos hombres, que jamás se ocuparon de crear una familia, ni pensaron en el matrimonio, y ahora, en los últimos momentos, me siento cambiar y noto tu influencia de mujer buena como ninguna y de alma noble y bondadosa.

ROS. Pablo...

PABLO Vendrá el Padre Beltrán y ante él juraré firmemente quererte con pasión. (Más débil.) Rosalía, Rosalía, tú que has sido mi vida no te la lleves toda y déjame, déjame vivir más, no me abandones.

ROS. (Viendo la debilidad con que Pablo ha pronunciado sus palabras.) ¿Qué te sucede?

PABLO Siento que se me va la cabeza y... ¿por qué no viene el Padre?

ROS. No tardará, no te impacientes. (Pequeña pausa, durante la que Pablo se ha animado algo.) ¿Te encuentras mejor?

PABLO Noto como una oleada de vida que orea mi frente y me da fuerzas. ¿Y Lucía? ¿Y Carlota?

ROS Pronto vendrán. Lucía prepara tu alimento y Carlota ha ido á avisar á tus amigos. Las pobres no hacen más que llorar al verte sufrir.

PABLO Pobres hijas. Yo también lloro cuando las veo. Cuida de ellas que son buenas y se merecen el cariño. Cuida, por Dios, que no tendrán padre.

ROS (Llorando.) Calla, calla, Pablo.

PABLO Tú tampoco tenías padre cuando te conocí, tú también eras huérfana y por eso te quise más. ¿Lloras? ¿Lloras por lo que digo? No te aflijas y mírame de cerca. (Con gran apasionamiento, haciéndole múltiples caricias, casi con las caras juntas y como sacando fuerzas de flaquezas.) Frente á mi estás y como si fueras el libro de mi vida, leo en tus ojos mi pasado feliz. Quisiera recordar aquellos días y aquellas horas, unir mis labios á los tuyos y besarlos, besarlos con amor; quisiera juntar tu cara con la mía y no separarla jamás; quisiera que estos brazos tuvieran la fuerza y el vigor de aquellos años para abrazarte fuertemente hasta que se desplomase el mismo cielo; quisiera ser joven, muy joven, tan joven como entonces (Muy fatigado, con ardiente deseo y haciendo un esfuerzo supremo.) y... ¡¡ay!! entonces... (Rendido, deja caer sobre el almohadón su cabeza; el semblante descompuesto, agitado.)

ROS. (Atemorizada al verle así.) Pablo, Pablo mío.. Soy yo... tu Rosalía.

PABLO (Después de una breve pausa y muy débil.) Sí, tú, mi Rosalía. Ya... lo. . sé... (Siempre con el mismo interés.) ¿Y el Padre Beltrán? ¿No viene?

ROS. (Viendo á don Emilio que al oir lo de:—Pablo, Pablo mío—sale del despacho, seguido de Arturo.) Doctor, doctor, algo que le reaccione.

EMIL. (Pulsándole.) Algún alimento.

(Arturo, por su condición especial, ha acudido creyendo que «aquello se acababa ya» y como no es así, se distrae, paseándose ó sentándose y dirigiendo miradas no muy cariñosas, ni mucho menos, á Rosalía, á las chicas, cuando salen, y hasta á su propio tío. Ya

conocemos el carácter del personaje y su manera de pensar en este asunto, de modo que en todo el resto de la obra y con las palabras y con el gesto, mostrará su gran contrariedad por la decisión de Pablo y su alegría porque no se llevase á cabo. Como es el único que piensa así, está, naturalmente, solo, aislado; por eso habla poco y no muestra un extraordinario interés en favor de su tío.)

ROS (Viendo entrar á Lucía por segunda izquierda con una tacita de caldo.) Ya está aquí Lucía. (Tomando la taza de manos de Lucía y dándole á Pablo una cucharada.) Vamos á ver, una cucharadita, ¿quieres?

PABLO (Con esforzada voz.) No puedo, no puedo, (Señalando á la garganta.) no pasa de aquí. Me ahogo.

ROS. (Indicándole una segunda cucharada.) Otra nada más. Esto te dará fuerzas. (Pablo hace gesto negativo.)

ART. (Mirándolos con ironía.) Eso hace falta, fuerzas, pero de voluntad. (Esto lo dice para él.)

(Pablo deja escapar un «¡Ay!» lastimero.)

ROS. (Dándole la taza á Lucía y colocándola ésta sobre la chimenea.) ¡Pobre mío, cuánto sufrir, cuánto padecer! (Lucía, próxima á su padre, le mira, le atiende solícita; hace lo que otra cualquiera haría en su lugar.)

PABLO (Impacientándose y con dolorida voz.) Pero, ¿se le ha avisado al Padre?

ROS. Todo se ha hecho conforme has dispuesto; no te preocupes y descansa.

PABLO (Con expresión dolorosa.) Entonces, ¿por qué no viene?

ROS. Vendrá en seguida, al momento.

PABLO (Con angustiosa inquietud.) Es que siento que me voy... y figúrate si llega tarde; si os dejase así á Lucía, á Carlota y á tí.

ART. (Como antes.) Que son las que interesan. Y luego querrán la salvación.

PABLO (Casi gritando debilmente.) No quiero, no quiero, no puedo morirme.

EMIL. Vamos, vamos, calma. ¡Quién habla de morir! ¡Vaya una idea!

PABLO (Después de haber escuchado atentamente las palabras

del médico y como clavando sus manos en su pecho.) Aquí, aquí lo siento.

EMIL. (En tono persuasivo.) Siente usted un poco de angustia porque está nervioso. (Como para animarle.) La verdad es que cuando uno se va á casar no es extraño que esté emocionado. Pero le aseguro que no hay peligro y que de esta escapa usted.

PABLO (Con ansiosa mirada.) ¿Lo cree usted así?

EMIL. ¡Cuando se lo aseguro!... (Acercándose á Lucía y en bajo tono.) Si pudieran ir á buscarle rápidamente, á llamarle de nuevo... ¿Vive muy lejos?

LUCÍA (En el mismo tono.) Se pueden tardar unos diez minutos.

EMIL. (Con desaliento.) Entonces... que no vayan, sería inútil, llegaría tarde; esperemos confiados en que no tardará.

LUCÍA ¿Pero tan grave lo encuentra usted?

EMIL. No veo más que un remedio: el milagro.

LUCÍA (Enjugándose los ojos.) ¡Pobre padre!

(Pausa. Solamente se escucha la respiración fatigosa de Pablo. Rosalía continúa al lado del sillón llena de pesar, aunque pretende ocultarlo con una sonrisa mucho más amarga que el pesar mismo. Lucía, sentada próxima á su padre, aguarda y aguarda lo que todos. Don Emilio, preocupado, pasea lentamente sin apartar su vista del enfermo. Arturo, como siempre. El reloj de encima de la chimenea da las seis, interrumpiendo con su sonido el silencio que reina. Una suave y tenue claridad se ve á través de los cristales del balcón.)

LUCÍA (Mirando á segunda izquierda y viendo que llegan Cardona y Contreras, los dos amigos á los que fué á avisar Carlota.) Ya están aquí. (Levantándose é indicándoles.) Pasen ustedes.

CARD. (Entrando y saludando respetuosamente con una inclinación de cabeza.) Señores...

CONT. (Entra siguiendo á Cardona y como él saluda con la cabeza nada más. Pablo los mira y. . gracias que aun pueda mirarlos.)

EMIL. (A Cardona y Contreras.) No le digan nada, su estado es grave y cualquier impresión, la más pequeña, podría perjudicarle.

CONT. ¡Pobre amigo nuestro!

ROS. (A Cardona y Contreras.) Falta el Padre solamente; ya no tardará. Perdonen ustedes, su amabilidad es tan grande como nuestro agradecimiento.

CARD. Señora, por Dios...

ART. (Aparte y por lo dicho por Cardona y por á quien iba dirigido.) ¡Señora!...

LUCÍA (Mientras don Emilio pulsa á Pablo.) ¡Qué momentos tan largos!

EMIL. (Acabando de pulsarle hace un gesto de gran contrariedad y dirigiéndose hacia el balcón dice con profundo disgusto.) No puede ser, esto se va (Don Emilio mira por los cristales y después de un instante exclama:) Ya entró.

ROS. Gracias á Dios.

(Todos los corazones laten fuertemente.)

PABLO (Estremecido.) ¿Será él... será él?

CAR. (Precediendo al Padre Beltrán y entrando por segunda izquierda.) Por aquí, Padre, por aquí.

P. BEL. (Abarcando de una mirada la escena.) Señores.

ROS. (Al Padre Beltrán.) Siéntese usted.

P. BEL. Gracias, gracias, señora, no es preciso. Llamado por esta señorita (Por Carlota.) en nombre de ustedes, vengo á esta casa á cumplir con mis deberes de sacerdote. Ministro del Señor, á obedecer la misión que predicó llego ahora aquí y en estos momentos de reconciliación con El y con su Iglesia, he de ser el que admita el arrepentimiento sincero de falsos errores de los pasados días. Nada como la Iglesia y sus sagrados Ministerios. Sea bienaventurado quien viendo su presente y mirando hacia la Eternidad prepárase su entrada en el reino de Dios. Días de paz y de ventura han de ser con nosotros. Escuchad, pues, á quien os habla que un siervo de Dios es.

PABLO (Con los ojos abiertos, muy abiertos.) ¡Ah! Padre Beltrán, temía que llegara usted tarde .. Me horrorizaba la idea de morirme sin haber podido reparar .. Sin dar mi nombre á estas pobres criaturas, y á ella, á la valerosa compañera de mi vida... Calcule usted si yo hubiese muerto sin poder...

P. BEL (Dulcemente.) Vamos, hermano, cálmese; el aspecto no puede ser mejor. En horas de grandes fiestas es la emoción lo natural, y una fiesta, y grande, es la que celebráis, un Sacramento que ha de llenar vuestra vida de una franca y sincera alegría. Presentadle el alma al adorable Salvador como á mí me presentáis el cuerpo y obtendréis el inmenso fruto de sus riquezas; olvidad arrepentido lo pasado y contaréis con la misericordia del Altísimo; perdonad á los que os hayan ofendido y ganaréis el Supremo amor. Vivid, vivid pues, para gozarde esta vida terrenal en preparación de las dulzuras celestiales.

PABLO Sí, sí, el doctor me asegura que no me muero. (Buscando con la vista á don Emilio.) ¿No es verdad, doctor? Pero aun siendo así quiero casarme sin esperar más. ¡He tenido tanto miedo!

P. BEL. Ya no; séanos agradable este culto á la cristiana religión y bendecida se vea esta ofrenda de Amor y de Fe. Elevemos, pues, los corazones al Señor, que en Su nombre está nuestro socorro.

PABLO (Cada vez con más trabajo y más angustia.) ¡Nuestro socorro! sí; imagine usted si las dejase solas, sin dinero, sin nombre, sin asilo... Y todo por cobardía, sí, por cobardía, por temor al mundo, á mi familia, á un montón de indiferentes. No, no, yo quiero casarme al momento... (Mucho más débil.) al momento. (Déjase caer sobre el almohadón como con una plácida sonrisa.)

EMIL. (Viendo el gesto de Pablo dice apresuradamente al Padre Beltrán:) Pronto, pronto, Padre Beltrán.

P. BEL. (A todos.) Vamos á proceder al casamiento. (Se dispone á leer la Epístola y apenas la ha tomado en sus manos, don Emilio le dice con prisa.)

EMIL. A lo importante, á lo esencial, apresúrese usted, el caso apremia urgentemente. Las preguntas, las preguntas.

P. BEL (Accediendo á los deseos del médico comprendiendo que tiene razón.) Sí, es verdad, las preguntas.

(Y sin leerlas, porque los sacerdotes se saben de memoria todas estas cosas, continua con solemnidad.) Señorita doña Rosalía del Valle, ¿queréis á don Pablo Santamaría por vuestro legítimo esposo y marido, por palabras de presente, como lo manda la Santa Madre Iglesia?

ROS. (Tristísima.) Sí quiero.

P. BEL. ¿Os otorgais... por su esposa y...?

EMIL. (Que, naturalmente, no ha apartado su vista del enfermo, dice al Padre con prisa extraordinaria interrumpiéndole en su pregunta.) A él, á él y brevemenmente, lo más posible.

P. BEL. (Comprendiéndolo, pregunta á Pablo, reduciendo las palabras.) Pablo Santamaría, ¿quiere por esposa á Rosalía del Valle?

(Un silencio absoluto sucede á la pregunta. Nadie responde. Pablo, con su sonrisa plácida y su cabeza apoyada en el almohadón, sigue mudo. Terrible pausa.)

ART. (Con fingida pena al padre Beltrán.) Padre Beltrán, si parece que ha muerto.

ROS. (Horrorizada.) ¡¡Dios mío!!

LUCÍA, CAR. (Idem.) ¡¡Padre, padre!!

(Las tres quieren abrazarse á Pablo, pero el Padre Beltrán las detiene con un gesto de autoridad; y con la voz ligeramente entrecortada, pero resuelta, les dice.)

P. BEL. Os lo suplico.

EMIL. (Al padre Beltrán, en bajo tono y retirándose del lado de Pablo.) Ha muerto.

P. BEL (Después de una pequeña pausa y como para él.) Ha muerto. Y él hubiera dicho que sí. (Elevando su mirada al Cielo.) Iluminadme con Vuestra luz y enseñadme con Vuestra bondad. Ellas me han de fortalecer en este instante más que nunca. Sea conmigo Tu espíritu, Señor, en este trance y acepta mi determinación que me la dicta mi conciencia. (Pálido, por su decisión, exclama volviéndose hacia los amigos que figuran como testigos.) Aunque el *Sí* ha sido muy débil, todos lo habéis oído, ¿no es verdad, señores?

CARD. (Pálido también y después de un instante de vacilación en el que se ha cruzado una mirada entre él y Contreras.) Sí... lo hemos oído.

CONT. (Lo mismo que Cardona.) Lo hemos oído.

ART. (Como queriendo salirse con la suya.) Sin embargo, padre Beltrán...

P. BEL. (Sin escuchar á Arturo, dice solemnemente.) Dios eche su bendición sobre nosotros. (Y los bendice: Rosalía, Lucía y Carlota, al recibir la bendición y llenas de lágrimas que brotaron desde que Arturo dijo que Pablo había muerto, se precipitan sobre el cuerpo de Pablo, exclamando:)

ROS. Pablo, Pablo de mi alma, contesta, contéstame. (Pausa terrible.)

ART. (Al padre Beltran que, emocionado, se limpia dos grandes lagrimones que resbalan por sus mejillas.) Me abstengo, Padre Beltrán, de juzgar sus actos, pero afirmo que ha cometido usted una falsedad, porque, no vacilo en decirlo, yo no he visto el más pequeño gesto de expresión, ni he oído el *Sí* que usted ha dicho.

P. BEL. (Mirándole frente á frente,) ¿No lo ha oído usted? ¡Me asombra! ¿Dónde estaba usted entonces?

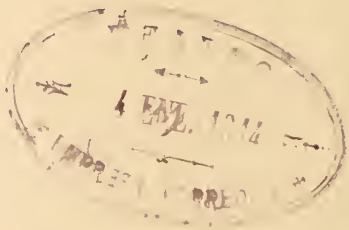
ART. (Desconcertado,) Pues .. en esta habitación... al lado de usted... y ¡puedo asegurarle que escuchaba atentamente!

P. BEL. ¡Ah! Entonces... comprendo; (Conmovido,) porque no es aquí donde debía usted haber escuchado, sino en su conciencia.

ART. ¡Padre Beltrán...!!

P. BEL. Oremos por el muerto, que me envía desde el otro mundo su sonrisa de gratitud.

(Y, con todos, hace ademán de arrodillarse, mientras va cayendo el telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: UNA peseta